

Hasta allí había llegado, envuelto en la gloria trágica del asesinato de César, Marco Bruto, a quien los griegos locuaces comparaban con Aristógiton y Harmodio, y allí, con aire despreocupado de gran señor, glorioso antes de tiempo, fingía estudiar retórica y filosofía en las escuelas de Theomnesto y de Cratippo, entre cuyos discípulos reclutaba astutamente los oficiales del ejército que quería levantar contra los triunviros. Con él se fueron Mesala y el joven Cicerón, Munacio Planco y Pompeyo Varo, y el propio Horacio antes de los 22 años, recibió el nombramiento de tribuno y el mando de una legión.

Esto ocurría en 710. Dos años más tarde Octavio y Antonio pasaron el Adriático, atacaron en Macedonia las legiones de Casio y Bruto, y las destrozaron en dos jornadas decisivas en los campos sombríos de Filipos, en donde acabó, junto con la gloriosa tentativa de Bruto, la carrera militar de Horacio. Vencido, pobre, confundido con la muchedumbre amargada de los fugitivos, volvió a Roma, en donde lo esperaba la miseria, que según él mismo, más de una vez fue el impulso secreto de sus cantos maravillosos.

Pero tres años más tarde se había serenado, como lo prueba su oda a su amigo Pompeyo Varo.

Varo, como él, fugitivo de Filipos, había continuado la guerra bajo Sexto Pompeyo, en el Mediterráneo, hasta que hubo de someterse a las armas vencedoras de Agrippa. A su vuelta a Roma, así lo recibió la musa gentil de su antiguo compañero de armas:

“Oh tú, Pompeyo Varo, que bajo las banderas de Bruto viste a menudo conmigo la muerte tan cerca, ¿qué dón de los cielos te devuelve hoy a tus conciudadanos, a los dioses paternos, al cielo de Italia, a ti, oh el primero y mejor de mis amigos, con quien tantas veces engañé las fatigas del día prolongado, con la dulzura del vino, ceñidos de flores los cabellos brillantes por el aceite perfumado de la Siria? Cerca de ti me tocó ver el desastre de Filipos, las rá-

pidas fugas, los escudos abandonados, el coraje perdido, y el rostro iracundo de los soldados que mordían el polvo vergonzoso. A mí Mercurio rápido, envolviéndome en una nube, me salvó temblando a través de las muchedumbres enemigas, mientras tú fuiste arrastrado nuevamente a la guerra impía a través de las ondas tempestuosas.

“Cumple pues el sacrificio que debes a Júpiter: reposa a la sombra de mi huerto tus miembros fatigados, y no perdones mis toneles, destinados para ti. Llena tu copa pulida del másico dulce, padre del olvido; vierte los perfumes de las conchas abundosas; que el esclavo nos teja coronas de mirto y que Venus designe al rey del festín. Quiero igualar el delirio de los tracios, dichoso de hallar de nuevo a mi amigo.”

En esa época empieza su amistad con Mecenas, ante quien lo llevaron Virgilio y el poeta Quintilio Varo, y luego con el propio Augusto.

Las ideas republicanas se habían muerto en los campos de Filipos. Desde los tiempos de Milón y Clodio los romanos habían perdido la noción de la libertad y de la ley. El paso del Rubicón había sido para Roma una nueva era, en que el orden dependía más que de las creencias, estériles ya, de la voluntad consciente y soberana de un hombre superior. En vano Bruto y sus amigos habían asesinado a César para restablecer la república, pues ella sólo puede vivir al rededor de convicciones sociales profundas y austeras: al día siguiente de su muerte, un soldado oscuro y bebedor ponía en fuga a los asesinos con un discurso patético y el pueblo buscaba, instintivamente, un nuevo jefe. Hallado, al fin, después de Filipos y de la derrota de Sexto Pompeyo, los corazones unánimes se volvieron a él. No es de extrañar que Horacio, que en el entusiasmo irreflexivo de los años mozos había conducido una legión republicana en los campos sangrientos de Filipos, se sometiera a los hechos consumados y reconociera que la paz y el orden, la justicia y la ley, la gloria y la propiedad de Roma, ya

que no sus viejas libertades, crecían más bajo la mano silenciosa y firme de Augusto que bajo el consulado nominal de Bíbulo o de Planco.

Allí halló la paz y la fortuna y en medio de la quietud jubilosa escribió sus versos risueños, que no quiero ahora juzgar porque están demasiado arraigados en las fibras profundas de mi corazón.

Era un poeta aristocrático enemigo de la muchedumbre ignara, erudito y sabio, buscador incansable del ritmo armonioso y escanciador de sutil filosofía epicúrea. Un hondo sentido de la vida, una serena relatividad, un discreto goce del placer honesto, una gracia, femenina y exquisita, un dón no igualado de la armonía, hé ahí el resumen de su arte excelso, del que sólo eran dignos de gustar hombres como Virgilio, poeta sin par, Mecenas, alma preclara, Quintilio Varo, águila de la poesía heroica, Corvino Mesala, y tantos otros que figuran en las odas mismas: Sestio, Agrippa, Fusco, Munancio Planco, Elio Lamia, Plotio Númidia, y las numerosas mujeres que disfrazan hermosos nombres griegos: Lidia, Lálage, Leuconoe.

Para todos ellos la filosofía griega era familiar, y familiares también los recuerdos de la mitología helénica. Para ellos eran seres próximos los héroes de Homero y los dioses y semi-dioses que pueblan los mitos: Apolo y Vulcano, Encélado y Reto, Orión, Hércules, Teseo, el adúltero Paris, Aquiles colérico y entrambos Ayaces.

Vosotros recordáis sin duda la historia de Teucro. Hermano de Ajax de Salamina hijo de Telamón, se cubrió, como su hermano, de gloria en la guerra de Troya. Pero Ajax se quitó la vida por su propia mano, despechado porque los griegos no le dieron las armas del Pelida Aquiles y las entregaron al ingenioso Ulises.

Cuando Teucro volvía a Salamina vencedor, su padre, el viejo Telamón, irritado porque no había vengado en Ulises la muerte de Ajax, la maldijo, y lo arrojó de la casa paterna y de la patria amada. Pero el héroe no se desesperó,

y risueño y alegre juntó a sus amigos afligidos y los condujo a la isla de Creta, en donde fundó para ellos una nueva Salamina.

A este episodio hace alusión el poeta en su oda a Munacio Planco, que voy a leeros.

No os habéis olvidado, sin duda, del ilustre general, Munancio Planco, de tormentosa vida: legado de César en las Galias en 698 y 699, mandó también sus tropas en España poco antes de las jornadas de Tapso y Munda. Después fue prefecto de Roma y gobernador de la Trasalpina, en donde fundó las colonias de Lyon y de Augusta Rauracorum. Siguió a Bruto hasta Filipos y, sometido después a los triunviros acompañó a Antonio en su vida disoluta de Alejandría. Gobernó una provincia del Asia, que no supo defender contra los partos, y dejó fama de tirano en la de Siria. Vencido Antonio, se hizo, hasta su muerte, decidido partidario de Octavio, quien lo elevó a censor en 731.

Entre dos campañas, amargado de ambición y desengaño, estuvo en Roma, y Horacio, su viejo amigo de las tiendas de Bruto, lo recibió con la oda famosa, cuya traducción me he atrevido a ofreceros, ya que no me es lícito repetirla en su propio verbo original y numeroso:

“Alaben otros a la ilustre Rhodas, o a Mitilene, o a Efeso, o las murallas de Corinto sentada entre dos mares, o a Tebas, patria de Baco, o a Delfos, mansión de Apolo, o los valles deliciosos de Tesalia. Tengan otros por único objeto celebrar en un himno eterno la ciudad de la casta Palas, y adornar su frente con la corona de olivo cogida en cualquier parte. Que muchos poetas, para honrar a Juno, cantan a Argos y sus corceles, a Micenas y su opulencia. A mi no me encantan ni la austera Lacedemonia ni las fértiles campiñas de Larisa: me place más la gruta en que resuena el Albúmeo, el Anio que se precipita en cascadas espumosas, el bosque sagrado de Tibur y sus huertos regados por rápidos arroyos.

“A menudo el Noto mismo, con aliento más puro, apar-

ta las nubes que obscurecen el cielo, y no siempre produce tempestades eternas. Así, ¡oh Planco! haz que la sabiduría ponga un término a tus penas y endulzada en el vino las amarguras de la vida, sea que el campamento guerrero te retenga bajo sus insignias fulgentes, sea que te captive la sombra espesa y grata de tu Tibur.

“Cuando Teucro huía de Salamina y de su padre, se cuenta que ciñó su frente húmeda de vino con una corona de álamo, símbolo de la alegría, y así consoló a sus amigos afligidos:

“A donde quieros neve la Yorculla, menos cruel
sin duda que mi padre, la seguiremos, oh amigos míos y
fieles compañeros de mi destierro.

“Nada hay para desesperarse mientras Teucro sea
vuestro guía y él diga los auspicios.

“Apolo, oráculo infalible, me ha prometido en una tierra desconocida una nueva Salamina.

“Intrepidos guerreros, que habéis sufrido conmigo más de una vez las más duras pruebas, ahogad ahora vuestras penas en el vino: mañana empezaremos de nuevo nuestra peregrinación sobre los vastos mares.”

El Autor del Gran Torbellino del Mundo

Por Lola Collante de Tapia

Si yo me pusiera esta noche en tono sentimental, vendría a hablaros de Martínez Sierra, de Juan Ramón Jiménez, de Darío o de Nervo; recitaría “Canción de cuna”, o filtrando un poco del almíbar envenenado de que estamos empapados en este Continente, comenzaría a declamar, con los ojos en blanco y los brazos en cruz, la más banal de las canciones de Darío:



“La princesa está pálida,
la princesa está triste;
qué tendrá la princesa?”

Pero desgraciadamente, señores, no. Estoy ante vosotros, por gentil invitación del Rector del Instituto y el Dr. Moscote no es persona que se dulcifique con cuatro gotas de miel. Cuando se trata de traer a sus muchachos del Instituto, una enseñanza o un rato de solaz, es exigente, tesonero, inmisericorde. Y tiene razón; en las aulas deben respirarse siempre, las radiosas verdades de la ciencia y de la vida. Nada debe escapar al anhelo de indagación que sacude a la juventud y es deber de honradez, ofrecerle la poma que encierra una esencia o una simiente, para que sus dedos inquietos rasguen la púrpura que los esconden. La juventud de hoy, más que ninguna otra, pide y necesita verdad, verdades de aristas, si es necesario, duras, cortantes como los tiempos que son o deben ser de aquilatación, de concentración de fuerzas mentales, como son de florecimiento de la fuerza corporal y de auge del músculo.

El más fuerte, el más limpio de artimañas sentimentales, el de ojo más sereno y de mente más reposada, será siempre el vencedor en los torneos, sin capas ni espadas, de esta vida desorbitada de nuestro siglo. Y cómo podemos aproximarnos lo más posible a esta aspiración? Armándonos de una superioridad mental que nos permita afrontar bravamente, los problemas que la vida crea, derribando prejuicios y poniéndole la rodilla sobre el pecho a nuestras pequeñas pasiones idiotas que obstaculizan el libre y armónico funcionamiento de nuestras facultades interiores.

A intentar una pequeña batalla de esta índole, he venido aquí esta noche. Soy batalladora y si no nací con la espada en la mano, como augura Bernard Shaw que ocurrirá cuando ciertos hábitos mecánicos adquiridos se conviertan en herencia, sí llevo en las venas el legado que mi padre, un general revolucionario, donó a mi temperamento. Por todo esto, voy a hacer el elogio, o mejor, voy a expresar mi opinión sobre un escritor español a quien la mayoría de nuestros compatriotas de América, detesta. Es agrio como un limón y punzante como higo de Indias es: Pío Baroja.

Cuando hace algunos años se publicó *Juventud, Egotría*, y se leyó el párrafo tremendo "América es el continente estúpido por excelencia. En cada americano hay un mono que imita", nos indignamos—yo inclusive que entonces no me creía mona;—los periódicos se lanzaron iracundos a la diatriba. Los libreros no se atrevían a exhibir en vitrinas el libro infamante y Eduardo Zamacois pasó una noche amarga en un teatro de una ciudad de Colombia, porque el público protestó de manera expresiva, cuando apareció en la pantalla la figura escuálida de Pío Baroja. Fué vano que Zamacois explicara que, para poder ilustrar mejor sus conferencias sobre literatos contemporáneos españoles, tenía que presentar al irreverente autor de *Juventud, Egotría*. Zamacois con mucha desenvoltura, tuvo que cambiar el disco. Yo espero que vosotros no me hagáis

cambiar el disco, aun cuando mi bosquejado no os despierte mucha simpatía. Porque yo estoy de acuerdo en que el autor de *El árbol de la ciencia*, *Mala hierba*, *La auro-ra roja*, *La busca* y otras, obras todas llenas de originalidad, es persona ingrata a primera vista y a primera lectura, sobre todo para quien, como nosotros, está habituado al lirismo de las frases unciosas, de los discursos floridos, de todo el fárrago de literatura frondosa que cobija nuestra América, cuyas ramas nos vienen de España y cuyo tronco arraigó, indudablemente, en Francia. Claro que yo no culpo a los escritores ni voy a hacer aquí una crítica de arte literario. Pocos son los que se sustraen al ambiente y a las tendencias de las épocas, porque para ello se necesita poseer una personalidad vigorosa o ser un temperamento. El inimitable Bernard Shaw lo dice bien cuando expresa: "Voltaire fué Voltaire y Butler fué Butler, es decir sus espíritus fueron tan anormalmente fuertes, que pudieron expe-ler el veneno que paraliza a las mentes corrientes" y al decir esto el escritor inglés alude, precisamente, al imperativo en que están los directores de las mentalidades jóvenes de guiarlas hacia la luz de la verdad. Baroja no es un conductor, ni mucho menos; pero tiene justamente, lo que le falta a muchos de sus contemporáneos: Lo tiene hasta cuando estropea la gramática y golpea al oído con palabras gruesas, como piedras. Y es porque, no es hacedor de frases, sino un hosco demoledor de todo lo que ofende su sensibilidad o desata su indignación. Algunas veces es contradictorio, porque como Pirandello y Proust, se complace en los efectos inesperados, aun cuando no es esta su característica más definida. En Pirandello esta tendencia es bien acentuada; de tal modo que el modernísimo escritor italiano acaba de revolucionar al teatro en Europa con *Sus seis personajes en busca de un autor* y muchas otras obras, sobre las cuales espero poder hablaros en alguna ocasión. Baroja pareciera sentir un placer en pensar y exteriorizar su sentir de manera diametralmente opuesta a los demás.

De tal modo—dice a este propósito un escritor canario—que cuando la guerra, creyendo erradamente, que España se sentiría francamente aliada, se declaró germanófilo furibundo; pero más tarde, cuando visitando los cafés, las redacciones de los periódicos y todos los lugares en donde el tema predilecto de las conversaciones era la guerra, se percató de que la opinión se inclinaba en favor de Alemania, sufrió tanto, que resolvió, con todo y guerra, salir a viajar, para no dar el espectáculo de cambiar de opinión, guiado sólo por su espíritu de contradicción.

Baroja no es constructor, es un hombre que ha paseado su humanidad por el mundo, en busca inconsciente, tal vez, de un ideal de perfección que él mismo no quiere confesar y que no puede encontrar en ninguna parte y lo torna impaciente y agrio. Pero la perfección a que aspira Baroja no es la perfección tersa y pulida de José Enrique Rodó, sino la que reside, precisamente, en lo contrario: en el abandono de fórmulas exteriores y en la busca de resortes más racionales que deben mover a la humanidad. Como este tipo de perfección, no es patrimonio exclusivo de un pueblo determinado, acomete contra todos los pueblos que va conociendo; demostrándonos así, su desencanto, su inconformidad con la idiotez mundial, su protesta por la ridícula fatuidad que hincha el mundo de hoy. La prueba más evidente de ello, es su último libro, que he encontrado admirable: *El gran torbellino del mundo* y sobre el cual, exclusivamente, me ocuparé ahora. Basta leer las páginas que le dedica a sus compatriotas, los españoles; a los holandeses, a los alemanes, a los rusos, a los daneses y a casi todos los pueblos de Europa, para llegar a la certeza de que fue misericordioso con nosotros, porque no hizo nuestra disección, sino que nos envolvió en un solo gran epíteto: "*El Continente estúpido.*" La causa de esta estupidez nos la da él mismo, sin darse cuenta, cuando asegura que somos monos que imitamos y si somos imitadores como él lo asegura forzosamente hemos debido copiar la estupidez del viejo mundo que nos conquis-

tó y del cual procede el mismo Baroja. Pero Pío Baroja no es mono. Hasta donde lo he leído, no deja traslucir la influencia de ninguna escuela ni de determinado escritor. En su último libro, que comento y que es la menos novela de todas las novelas conocidas, los diálogos son tan movidos y de tanta intención; se presenta con un corte tan original y bien trazado, que es imposible no admirarlo. En las novelas de Baroja no predominan como en la mayoría de las obras de este género, uno o dos personajes, que son el eje de toda la trama, al rededor de los cuales se desenvuelven las escenas culminantes y dan la pincelada vigorosa del conjunto. Todos los personajes de Baroja son interesantes, y pueden ser estudiados aisladamente, sin que su aislamiento, perjudique el conjunto. No se enlazan entre sí, ni uno repite el gesto del otro. Cada uno es un tipo, a veces una raza con todas sus características; el autor no se preocupa por la suerte de ellos; los presenta, porque los necesita como elemento indispensable no porque ellos tengan ya un papel preconcebido y definitivo en la mente del escritor. En *El gran torbellino del mundo*, el pasaje de novela parece sentimental en fuerza de ser de un realismo doloroso; pero no constituye la razón de ser del libro. El Joe bondadoso y burlón, filósofo y sentimental, sigue viviendo y fumando su pipa con parsimonia, lo mismo después del desastre de su ilusión, como antes, con sólo el transcurso de un tiempo de readaptamiento a su antigua vida y hay momentos en que, no obstante su infinito desprendimiento hacia la muchachita alemana, llega a pensar con fugitivas ráfagas de egoísmo, que su muerte lo alivia de innúmeras molestias y mortificaciones. Por eso son tan reales sus personajes, porque no se esfuerza en hacerlos aparecer como divinos, sino simplemente humanos, con sus defectos y cualidades.

Lo más original de Baroja son los diálogos, porque ellos bien podrían ser soliloquios del autor que para mayor claridad pone nombres a sus propias preguntas y respuestas. En eso sólo se ve ya la tendencia contradictoria que es el

alma de sus obras y de seguro, la suya propia. Dice así, refiriéndose al misticismo:

“Al terminar la Misa, Pepita dijo a Larrañaga:

—Tú no tienes costumbre de ir a la Iglesia.

—No, es verdad.

—Ya se te nota. No has cambiado. Eres todavía enemigo de la religión?

—No, enemigo, no. Quizá no la siento.

—Te parece poco? Y con la familia religiosa que tienes. ¡Porque tu madre y tú hermana son místicas.

—Pues no creas. Yo también tengo algo de místico.

—Tú?

—Sí, cuando llevo algunas horas en el tren y voy cansado, con sueño y sin poder dormir, a veces me parece que mi cerebro se queda como en un deliquio, en estado de desfallecimiento y de lucidez, como si fuera de cristal y entonces se me figura ver las cosas pasadas, presentes y hasta futuras con gran claridad.”

En ocasiones, arremete hosco, contra todo el género humano. Así, al hablar de las inglesas, dice:

“Entraron a la galería del Louvre; estaban las galerías llenas de extranjeros y sobre todo de una muchedumbre de inglesas secas, altas y de aire varonil que hablaban con gritos de gaviota.”

Y poco después, refiriéndose a Darío:

“A veces me gusta Darío, pero es un *snoob* sin imaginación, con un talento puramente verbal. Es un poeta a la moda de hace veinte años.”

“Las mujeres en España—continúa—y en plena juventud, no se sabe bien lo que son. Toman un aire de princesas desdeñosas y no se puede comprender si es desdén, orgullo, cortedad o pura estupidez.”

El secreto afán de Baroja por encontrar ese algo que todos buscamos, se refleja en estas frases: “De vez en cuando hay un proyecto que me anima y me levanta el espíritu. Me sorprende que debajo de una idea, aparezca

todavía en mí la pasión. Ahora que de antemano no sé cuáles sean esas ideas dinámicas que me confrontan. Siempre espero. Como si fuera un alquimista que piensa que de una combinación caprichosa y casual, puede salir el oro.”

Oíd ahora este párrafo que nos dedica a nosotras las mujeres y otro de más adelante al sexo feo:

“Los escritores necesitan poetizar a la mujer en conjunto. Todos instintivamente, la poetizamos. Es el impulso natural; pero no es verdad. Qué cabeza la de la mujer! Qué de cercados por todas partes! Qué de lugares comunes, aceptados porque sí! El hombre romántico se forja un tipo de mujer que no comprueba nunca.

—Muy bien. Nosotras no tenemos la culpa de eso.

—También es verdad.

—Y probablemente nuestro camino no es el que nos ha trazado el hombre.

—Cierto, muy cierto.

—Y el hombre qué es?

—El hombre, en general, es lo mismo que la mujer. Del orden de los primates: es decir, un milímetro por encima del mono, cuando no un centímetro por debajo del cerdo. Ahora, que hay tipos extraordinarios hay que reconocerlo, capaces de sacrificarse por cosas lejanas: por ir al Polo, por resolver un problema difícil, por estudiar las inyecciones de una rata enferma, esa es la humanidad grande. Para la mayoría de los hombres vulgares la vida intensa es la época en que en el fondo de sus actos, presidiendo sus instintos y sus emociones, hay una mujer, que es un sér individual, o sencillamente, el sexo contrario en bloque y esa época pasa pronto.”

A Anatole France le dedica estos masajes eléctricos:

“Pocas cosas dan una impresión de vileza como esas aventuras de prostitución de ese viejo escritor académico y amanerado” (alude indudablemente, al libro sobre Anatole France intitulado “Anatole France en zapatillas.”)

Y a la Pardo Bazán: